

a la nación el amor a la virtud y el horror al vicio, para «conducirla a la felicidad» (26).

En cuanto a su idea de la organización de la sociedad dentro de la monarquía, demuestra Cadalso a primera vista una visión bastante jerárquica. De *Don Sancho García* se deduciría el concepto de la importancia de la nobleza en la jerarquía: importancia señalada también por Montesquieu en su *Espíritu de las leyes*. Se elogia a la aristocracia española en la Carta XLV de las *Cartas marruecas*, tanto por su fidelidad para con su monarca como por su contribución a la gloria de su país. Incluso en la misma obra Cadalso parece aceptar la necesidad de una educación especial para la más alta clase de las tres en que él divide la sociedad. El que nace en la ínfima clase «no necesita estudio, sino saber el oficio de su padre», pero el de la segunda «necesita otra educación para desempeñar los empleos que ha de ocupar con el tiempo». Los de arriba están especialmente obligados a educar bien a sus hijos, «porque a los veinticinco años [mayoría de edad en España entonces], o antes, han de gobernar sus estados, que son muy vastos, disponer de inmensas rentas, mandar cuerpos militares, concurrir con los embajadores, frecuentar el palacio y ser el dechado de los de la segunda clase» (27).

Esta posición parece bastante conservadora y en otros lugares de las *Cartas marruecas* expresa ideas parecidas. En la Carta XI, por ejemplo, Nuño lamenta la erosión de las fronteras entre las clases (a pesar de que su trato mutuo crea una nación sociable, lo cual es muy de desear). Porque una sociabilidad excesiva quita a los dirigentes el tiempo que debieran de dedicar al estudio y a los negocios del estado. Entre los nobles se admira (lo mismo que en el rey) una preocupación paternal por el bienestar del pueblo, pero no se aprueba el hecho de que olviden a veces el servicio de su país, por dedicarse a asuntos locales y problemas de sus deudos.

Y, sin embargo, encontramos cierta variedad en las actitudes de Cadalso con respecto a los nobles. No siempre se fía de ellos. Ridiculiza sus falsos valores parodiando una publicación oficial en el *Calendario manual y guía de forasteros en Chipre*. Parece hablar por boca de Nuño en las *Cartas marruecas* cuando éste desprecia a los nobles que no son útiles, o que están obsesionados con su categoría social. Lamenta también su falta de interés respecto a la literatura y los estudios útiles, y el hecho de que no procuran estimular estas actividades, protegiendo a los autores y estudiosos (28).

(26) Vattel, ed. cit., I, 157.

(27) *CM*, 25.

(28) Véase la carta VI. También las XII, XIII, XXIV, XXV, XL y LXXX.

Pasando de la aristocracia a los dirigentes, Cadalso censura varias veces a los políticos y los magnates. A los políticos que sólo piensan en medrar, Nuño les ataca en la Carta LI de las *Cartas marruecas*: «Nada importan las cosas del mundo en el día, la hora, el minuto que no adelantan un paso en la carrera de la fortuna» (29). Su egoísmo se relaciona luego con los problemas centrales de la sociedad jerárquica: las ventajas de nacimiento y las desventajas del mérito, los intereses creados y la necesidad de enchufes. Cadalso tenía motivos propios para sentir este tema de cerca. Y en sus *Memorias* cuenta cómo su carrera dependía de sus contactos con la nobleza y el príncipe de Asturias, y cómo sus bajones fueron a veces consecuencia de la deslealtad de algún amigo más que de la falta de mérito. En momentos de fracaso o pesimismo, Cadalso parece haber considerado la carrera política un continuo artificio, una mentira constante, tal como la pinta en las Cartas LI, LXIII y LXXXI de las *Cartas marruecas*. La vida de palacio entonces resultaba igualmente «un perpetuo ardid» (30). La visión del político que «no puede dispensar los empleos y dignidades según su capricho ni voluntad, sino según el mérito de los concurrentes» (31) habrá sido más bien el ideal de Cadalso que la realidad de su tiempo. Los remedios para quienes querían adelantarse sin buenos enchufes eran, según otro pretendiente, «paciencia y ejercitarse en ensayos para mártir de la California»; y el único recurso realmente seguro para el mismo era «haber nacido duque» (32).

Dada su crítica de la sociedad jerárquica esperaríamos de Cadalso un deseo de cambiarla, o al menos una simpatía igualitaria para con los de abajo. Pero tales actitudes son raras en su obra. No fue partidario de la movilidad social. Quería que los artesanos siguieran la carrera de sus padres, por ejemplo, para que así se estimulase el progreso de las artes y oficios. En esto demuestra su preocupación por la nación y su bienestar, por la conservación de la monarquía más que por los derechos del individuo (33). Uno de sus personajes (en la Carta LIX de las *Cartas marruecas*) considera que es lícito ocultar la verdad histórica y política al pueblo, y hasta a la clase media («gente mediana»), para evitar sin duda la disensión, y asegurar la obediencia ciega del monarca. Incluso Cadalso parece ver cierta utilidad en

(29) *CM*, 116.

(30) *CM*, 159 (Carta LXX).

(31) *CM*, 121.

(32) Véase la correspondencia y cartas de P. Burriel y Juan Santander en el Museo Británico, MS. Add. 10, 261 f 79. Las fechas de estas cartas son de los años cincuenta del siglo XVIII.

(33) Véase la Carta XXIV. Estas ideas, claro está, anteceden la publicación por el conde de Campomanes de un sistema que permitía que los artesanos no perdiesen la hidalguía por ejercer un oficio mecánico.

las supersticiones cuando se trata de motivar a la plebe, y teme las consecuencias de un pueblo instruido. Nuño dice lo siguiente:

Mira, Gazel, los que pretenden disuadir al pueblo de muchas cosas que cree buenamente, y de cuya creencia resultan efectos útiles al estado, no se hacen cargo de lo que sucedería si el vulgo se metiese a filósofo y quisiese indagar la razón de cada establecimiento (34).

El mismo temor del pueblo se expresa quizá en el poema burlesco de Cadalso titulado «Guerras civiles entre los ojos negros y los azules», en el que se habla del poder del fanatismo en el vulgo y los peligros de una sublevación. Incluso los templos están para ser quemados entonces, ya que

*Ni aun lo sagrado intacto permanece
cuando la plebe manda y no obedece* (35).

Nuño, en las *Cartas marruecas*, se refiere también al peligro que ha encontrado «en lo bajo de la república» (Carta XXXIII). Pero en la misma obra hay algún pasaje en que parece aseverar lo contrario de lo afirmado más arriba. Esta vez se opone a la idea de ocultar la verdad al pueblo y engañarle. En la Carta LXVI, al hablar de los escritores que propugnan una ideología que no llevan a la práctica en sus vidas, afirma que «el hacer una cosa y escribir la contraria, es el modo más tiránico de burlar la sencillez de la plebe, y es también el medio más poderoso para exasperarla, si llega a comprender este artificio» (36).

En esta última cita, los términos políticos usados por el autor («tiránico», «plebe»), nos invitan a sacar las palabras de su contexto moral y aplicarlas a situaciones políticas. Parecen expresar a la vez miedo a la exasperación del pueblo, y un deseo de protegerle contra la tiranía.

El lado más positivo de Cadalso con respecto al pueblo se nota primero en el orgullo que siente por sus conocimientos de la clase baja. En sus *Memorias*, por ejemplo, se refiere a esto al hablar del motín de Esquilache. «Cuatro dichos andaluces de mi boca —dice— calmaron al populacho en la Puerta del Sol y salvaron la vida al conde de O'Reilly.» «Aquel día —sigue— conocí el verdadero carácter del pueblo» (37). No nos dice sus ideas sobre este punto, incluso las calla intenciona-

(34) *CM*, 194.

(35) Poema citado, vv. 39-40.

(36) *CM*, 141.

(37) *EAYE*, 12.